

tófanos, y tres á Eurípides. En su ejemplar de Quinto Calaber (un versificador algo más conocido por el nombre de Quinto de Esmirna) se leen las anotaciones:

«22 de Septiembre de 1835.

Vuelto á leer, 13 de Julio de 1837.»

Cabe dudar si las *Pandectas* habrían alcanzado la celebridad de que gozan en el supuesto de que, durante los tres años en que trabajó la comisión legislativa de Justiniano, su presidente Triboniano hubiese leído dos veces á Quinto de Esmirna.

Calcuta, 30 de Mayo de 1836.

Querido Ellis: Acabo de recibir su carta de 28 de Diciembre. ¡Cómo vuela el tiempo! Ha pasado casi otra estación seca, y esperamos todos los días el principio de las lluvias. Estación fría, estación cálida y estación lluviosa, todas vienen á ser lo mismo para mí. De aquí á dos semanas escasas hará dos años que estoy en tierra india, y no he tomado diez granos de medicamento sólido ni una pinta de medicamento líquido en todo ese tiempo. Si hubiese de juzgar sólo por mis propias sensaciones, diría que se ha calumniado á este clima; pero las caras espectrales y amarillentas que me rodean sirven para corregir los juicios que me inclinaría á formar el estado de mi salud.

Un efecto execrable produce el clima. Destruye casi todas las obras del hombre. El acero se oxida; las navajas de afeitar se embotan; las telas se deshacen;

los libros se pulverizan y se evaporan de sus encuadernaciones; el yeso se grietea; la madera se pudre; la estera se hace trizas. El sol, los vapores de esta vasta comarca diluviana y los infinitos ejércitos de hormigas blancas hacen tales estragos en las construcciones, que las casas necesitan una reparación completa cada tres años. La nuestra estaba en ese caso hace tres meses; y, si nos hubiésemos decidido á arrostrar las lluvias sin precauciones, lo probable es que el techo se nos hubiese venido encima. Tuvimos, pues, que emigrar de nuestras suntuosas estancias y de nuestros macizos de flores á un calabozo donde nos ahogaban los olores de los guisos indígenas y nos ensordecía el estruendo de la música indígena. Por fin hemos vuelto á nuestra casa. La encontramos toda blanca como la nieve y verde manzana, y es un placer pensar que no volveremos á salir de ella sino para meternos en el barco que nos lleve á Londres.

Durante algunos meses hemos estado en medio de la que la gente llama aquí una tempestad política. Para una persona acostumbrada á los huracanes de la lucha política en Inglaterra, esta especie de tempestad en un estanque es una pura ridiculez. Hemos puesto á los colonos ingleses del interior bajo la jurisdicción exclusiva de los tribunales de la Compañía en los pleitos que tengan con los naturales. Los colonos ingleses están satisfechos; pero los letrados del Tribunal Supremo han armado una gritería, que á ellos les parece terrible, y que á mí me ha divertido mucho. Me han tomado por blanco de sus invectivas, y soy el tema diario de cinco ó seis columnas de prosa y verso. No tengo paciencia para leer la décima parte de lo que dicen. La última oda que he visto en mi loor principia: «Pronto te depondrán, Tomás Macaulay.» La



última prosa que he leído era un paralelo entre lord Strafford y yo.

Las mañanás, desde las cinco hasta las nueve, son completamente mías. Las consagro á la literatura antigua. He leído todo Aristófanes dos veces desde Navidad, y también he vuelto á leer á Heródoto y Tucídides. El último año contraje la costumbre de leer una obra del teatro griego cada domingo. Empecé el 18 de Octubre con el *Prometeo*, y el domingo que viene acabaré con el *Ciclope* de Eurípides. Eurípides ha hecho por completo mi conquista. Ha sido una desgracia para él que tengamos tantas obras suyas. En cambio, me sospecho que ha sido una fortuna para Sófocles que hayan llegado hasta nosotros tan pocas de las de él. Casi todas las que subsisten de Sófocles eran de sus obras maestras. Apenas hay una que no sea citada con gran elogio por algún escritor antiguo. Una de ellas, sin embargo, las *Traquinianas*, es, á mi ver, muy pobre é insípida. Ahora bien: si tuviésemos diez y nueve obras de Sófocles, en cuyo número figurasen doce ó trece no mejores que las *Traquinianas*; y si, al revés, sólo hubiesen llegado á nosotros siete obras de Eurípides, y esas siete hubiesen sido *Medea*, las *Bacantes*, *Ifigenia en Aulis*, *Orestes* las *Fenicias*, *Hipólito* y *Alceste*, no aseguro yo que no hubiese cambiado mucho el puesto relativo que los dos poetas ocupan ahora en nuestra estima.

No he hecho mucho en latín. He estado hojeando varios escritores de tercera y cuarta fila. Después de acabar á Cicerón, leí las obras de los dos Sénecas, padre é hijo. Hay en la *Controversia* mucha noticia interesante y mucha crítica juiciosa. En cuanto al hijo, no puedo soportarle. Su estilo me produce un efecto algo semejante al de Gibbon. Pero la impresión que

me produce Lucio Séneca es aún más subida. Sus obras están compuestas de sentencias, y apenas hay una que no pueda citarse; pero leerlo seguido es como no comer más que salsa de anchoas. He leído, como lee cualquiera tal farrago, á Valerio Máximo, Anneo Floro, Lucio Ampelio y Aurelio Víctor. También he dado un vistazo á Fedro. Ahora me ocupo en cosa mejor. Me he enredado con los *Anales* de Tácito, y al mismo tiempo leo á Suetonio.

Usted es tan rico en dulzuras domésticas que me dan tentaciones de envidiarle. Sin embargo, no me falta mi lote. Estoy tan embelesado con mi sobrinilla como su padre. Todos los días me paso una hora ó más entretenido con ella y enseñándola á hablar. Ya ha llegado hasta decir Ba, Pa y Ma, cosa que, no teniendo ella aún ocho meses, me parece prueba de un genio no inferior al de Shakespeare ó al de Isaac Newton.

Las elecciones municipales me han hecho concebir esperanzas en punto á la política inglesa. Yo estaba algo desalentado.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 25 de Julio de 1836.

Mi querido Ellis: He vuelto á tener noticias tuyas, y siempre es para mí una alegría tenerlas. Pocas cosas hay en que piense con más placer que en el instante de volver á vernos. Realmente vale la pena de verse desterrado unos pocos años por el placer de regresar á la patria. Sin embargo, esa patria será en



algunas cosas muy diferente—¡oh, cuán diferente!—de aquella á que yo esperaba volver. Pero no reavivemos la acerbidad del dolor por fin aplacado.

Veo que se interesa usted por mis estudios griegos y latinos. Los continúo animoso y activamente. Ahora estoy leyendo á Demóstenes con interés y admiración indescriptibles. Despacio, á ratos perdidos, paso la vista por las majaderías de Diodoro. He leído á Séneca, y digo que es un escritorillo hueco y afectado. He vuelto á leer á Tácito, y, entre paréntesis, le diré una cosa curiosa que me ha sucedido. Siendo más joven, siempre miraba los *Anales* como una obra inmensamente superior á la *Historia*. Con sorpresa mía, los *Anales* me parecieron fríos y pobres en la última lectura. Empecé á creer que yo había apreciado á Tácito más de lo debido. Pero, cuando empecé la *Historia*, me quedé encantado, y le tuve en más alto aprecio que nunca. Volví á los *Anales*, y me gustaron más aún que la *Historia*. De repente di con la explicación del caso. Cuando lei los *Anales*, estaba leyendo á Tucídides. Cuando empecé la *Historia*, empecé las *Helénicas*. Lo que hizo que los *Anales* me pareciesen fríos y pobres, era el vivo interés que Tucídides me inspiraba. ¿Qué colorido, en efecto, no parecía palidecer al lado de las magníficas luces y las terribles sombras de Tucídides? Tácito era un gran hombre; pero no llegaba hasta la expedición de Sicilia. Cuando concluí á Tucídides, y tomé á Jenofonte, se volvieron las tornas. Tácito realzaba el valor de Tucídides; Jenofonte realzaba el valor de Tácito.

He leído á Plinio el Menor. Algunas de las *Epistolas* son interesantes. Nada más estúpido que el *Panegírico* se predicó jamás en la Iglesia del universo. Estoy leyendo la *Historia Augustana*, y á Aulo Gelio.

Aulo es uno de mis favoritos. Le reputo uno de los mejores escritores de su clase.

Por las noches he leído una porción de inglés, francés é italiano, y un poco de español. He adquirido el bastante portugués para leer á Camoens detenidamente; y no deseo más. Acerca de los historiadores italianos he adoptado una opinión completamente distinta de la que profesé en un principio, y que creo que es la que pasa generalmente por ortodoxa. Coloco á la cabeza de ellos decididamente á Fra Paolo, y después de él á Davila, á quien tengo por el mejor historiador militar moderno, salvo el coronel Napier. La *Batalla de Ivry* de Davila es digna del mismo Tucídides. Después de Davila pongo á Guicciardini, y el último de todos á Maquiavelo. Pero no creo que usted haya leído nunca mucho italiano.

La poesía inglesa del día tiene muy pocos atractivos para mí. *Van Artevelde* es lo mejor que he visto últimamente. No me entusiasma el *Ion* de Talfourd; sin embargo, pienso leerle otra vez. Tiene versos bonitos; pero, á mi ver, no es carne ni pescado. Peca por sobra y falta de arcaísmo. Sólo una vestidura estrictamente clásica puede reconciliarme con una trama mitológica, é *Ion* es un filántropo moderno, que ha aprendido su política y su moral en las publicaciones de la sociedad para la difusión de los conocimientos útiles.

No sé si ha llegado ó llegará á Inglaterra el ruido que mueven los letrados del Tribunal Supremo contra nuestra autoridad legislativa. Celebraron un *meeting* que acabó—ó mejor: empezó, continuó y acabó—con un tumulto; y desde entonces los agitadores principales no han cesado de desafiarse, de rehusar desafíos, de injuriarse, de jurárselas los unos á los otros y



de votar unos contra otros. Mr. Longueville Clarke, que aspira á ser el O'Connell de Calcuta, llamó embustero á otro letrado. Este último desafió á Mr. Longueville Clarke. Mr. Longueville Clarke se negó á batirse, alegando que su antagonista era un adulator de procuradores. Con estas y otras cosas semejantes la oposición de aquí ha caído en el ridículo y el desprecio. Probablemente enviarán á Inglaterra una petición; pero, á menos que la Cámara de los Comunes haya sufrido un gran cambio desde 1833, no sacarán nada de ahí.

Llego casi al fin de la carta sin hacer mención de lo más importante que tenía que decir. De fijo sabrá usted que mi tío el general Macaulay, que murió en Febrero último, me ha dejado 10.000 libras. Este legado, junto con las economías que habré reunido á fines de 1837, hace de mí un hombre rico—más rico de lo que yo ambicioné nunca como soltero; y cada día que pasa es menos probable que me case.

Hemos tenido una estación muy insalubre; pero á casa no han llegado las enfermedades. Mi hermana, mi cuñado y su chiquitina no pueden estar mejor. En cuanto á mí, pienso, como decía Bonaparte de sí mismo después de la campaña de Rusia, que *«j'ai le diable au corps»*.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

*A Macvey Napier, Esquire.*

Calcuta, 26 de Noviembre de 1836.

Querido Napier: Por fin mandé á usted un artículo interminable sobre lord Bacon. Ignoro si no será de-

masiado largo para un artículo de Revista; pero el asunto es tan vasto, que fácilmente hubiese podido escribir doble de lo escrito.

Sobre la parte histórica y política no es probable que diverjan nuestras opiniones; pero lo que he dicho de la filosofía de Bacon se aparta mucho de lo que dicen Dugald Stewart y Mackintosh. No tengo el estudio de usted, ni le he leído desde que le leí en Cambridge con grandísimo placer, pero sin ningún conocimiento del asunto. Ahora no tengo más que un recuerdo muy débil y vago de él, y en vano he procurado hacerme con un ejemplar aquí. Temo, no obstante, que, apartándome mucho, como me aparto, de Stewart y de Mackintosh, difícilmente coincidiré con usted. No he formado mi opinión de segunda mano, como las nueve décimas de las personas que hablan de Bacon, sino después de varias lecturas muy atentas de sus obras principales, y después de mucho pensar. Si me equivoco, mis errores estimularán á trabajar á otros, y servirán para llevarnos á ellos y á mí al conocimiento de la verdad. Jamás he puesto tanto cuidado en nada de lo que he escrito. No hay una frase en la segunda mitad del artículo que no haya rehecho varias veces. No tengo ninguna esperanza de que la popularidad del artículo guarde proporción con el trabajo que me ha costado. Pero el trabajo ha sido un placer tan grande para mí que estoy pagado ya con creces. Le ruego que mire cuidadosamente las pruebas.

Dentro de poco más de un año estaré embarcándome para Inglaterra, y he resuelto emplear los cuatro meses del viaje en dominar el alemán. Le agradecería á usted que me enviase lo más pronto que le sea posible, para tener la seguridad de que llegan á tiempo,



la mejor gramática y el mejor diccionario que pueda procurarse, una Biblia alemana, las obras de Schiller, las obras de Goethe, y la *Historia* de Niebuhr, (original y traducción). Mi manera de aprender una lengua es empezar siempre por la Biblia, que puedo leer sin diccionario. A los pocos días de esto, domino todas las partículas comunes, las reglas comunes de la sintaxis y un vocabulario bastante extenso. Entonces caigo sobre alguna buena obra clásica. De este modo aprendí el español y el portugués, y ensayaré el mismo procedimiento con el alemán.

Poco ó nada tengo que decirle de mí. Mi vida ha corrido aquí con extraña rapidez. Me parece que era ayer cuando salí de mi patria, y ahora estoy pidiéndole que apresure preparativos para mi vuelta. Sigo gozando de perfecta salud, y las turbonadillas políticas que he tenido que sufrir aquí son simples ráfagas de viento para un hombre que ha conocido los grandes huracanes de la oposición inglesa.

Enviaré por otro buque un duplicado del artículo sobre Bacon.

Muy sinceramente suyo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 28 de Noviembre de 1836.

Querido Napier: En el artículo sobre Bacon hay una cosa que le agradeceré á usted mucho corrija. He dicho que Bacon no se entregó á declamaciones ociosas «como aquellas en que Cicerón y Mr. Shandy buscaron consuelo por la pérdida de Tullia y de Roberto». Nada más cierto en general; pero se me pasó que dos ó tres de las frases consolatorias de Mr. Shandy están

tomadas de los *Ensayos* de Bacon. El ejemplo, por consecuencia, no puede ser más desgraciado. Le ruego que modifique el pasaje así: «en que Cicerón buscó en vano consuelo por la pérdida de Tullia». Comprendo que es una nimiedad corregir tales bagatelas á una distancia de quince mil millas.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

*De lord Jeffrey á Macvey Napier, Esquire.*

2 de Mayo de 1837.

Mi querido N.: ¿Qué mortal soñará nunca en cercenar la menor partícula de esa preciosa obra para que se amolde mejor á su Revista de usted? Sería peor que rebajar el diamante Pitt para que encajara en el antiguo engaste de una sortija. Desde el propio Bacon yo no sé que haya habido nada tan superior. Las cinco ó seis primeras páginas están en un tono menos elevado, pero todavía son magníficas, y no puede quitarseles una palabra.

Sin embargo, no vea inconveniente en que se mire si no sería mejor servir en dos platos tan rico alimento; y, bien mirado, á esa división me inclino. Ciento veinte páginas pueden ahitar hasta á epicúreos, y serían una indigestión segura para el vulgo; y la biografía y la filosofía son tan completamente diferentes, y tan poco desiguales en dimensiones, que la división no parecería un fraccionamiento.

FRANCISCO JEFFREY.

Por fin, apareció íntegro el artículo, que ocupaba 104 páginas de la Revista, acompañado de una justifi-